

CUANDO HAY HAMBRE...  
EL ABROJO Y LAS LÁMINAS

PEPE QUEREJETA Y ELISA BANDEIRA

Leonardo Haberkorn



A Vanessa Soria le preocupa Griezmann. Mientras camina por las calles del barrio Las Láminas, en Bella Unión, va pensando en su estatura, en su peso, en lo que comerá a la hora de la cena.

También piensa en la madre de Griezmann, una muchacha joven, de físico menudo, pero carácter fuerte. Le preocupa que ella se haya peleado con el médico. Que eso perjudique a Griezmann.

Vanessa se detiene en una casa muy pobre. Le avisa a una joven que tiene hora con el doctor en Montevideo, que ella le consiguió los pasajes, que si va a ir sola o con su madre. La joven la mira con desconcierto. No entiende mucho lo que se le dice. Vanessa no pierde la calma y le pide que llame a su madre.

Unos instantes después la madre sale y también otros de sus hijos. Todos rodean a Vanessa. Ella les explica todo otra vez. La madre sí entiende. Vanessa les pregunta si quieren regresar a Bella Unión apenas terminada la consulta con el médico o si prefieren quedase unas horas más.

“Volvemos enseguida. Allá no conocemos a nadie”, responde la madre.

Vanessa les recuerda la fecha de la consulta, les repite las instrucciones para hacerse con el pasaje, y la hora de retorno. Ahora sí. Vanessa enfila hacia la casa de Griezmann.

\*\*\*

Las Láminas está saliendo de Bella Unión por la ruta 3 hacia el norte, rumbo al río Cuareim y la frontera con Brasil.

Creció sumando ranchos construidos con las láminas de madera que descartan los aserraderos, chapas y cartón, viviendas precarias para trabajadores rurales zafrales, desempleados, gente olvidada en el rincón más lejano de la ciudad más lejana de la capital.

Hoy Las Láminas está cambiada: desde hace ya unos años los ranchos fueron reemplazados por casitas de material pintadas de colores, con saneamiento incluido. En medio de ellos, destaca una coqueta construcción de ladrillo: la policlínica.

Raquel Suárez es una de las enfermeras que trabaja allí. Todos la conocen y ella los conoce a todos. Los atiende desde hace 18 años.

Nada le fue fácil. En 1996 se fue a Montevideo para estudiar enfermería. Al principio trabajó como empleada doméstica con cama. Luego, para poder avanzar en los estudios, comenzó a emplearse con retiro, o en tareas de limpieza. Ya siendo auxiliar de enfermería se mudó a Salto, donde terminó la carrera. Regresó a Bella Unión y se instaló en un borde de Las Láminas.

Cuando la crisis se ensañó con Uruguay a partir de 2002 y en los años siguientes, allí el golpe fue duro. Muchos no tenían lo que comer. La desnutrición hacía estragos, sobre todo en los niños. Por supuesto, no había ninguna policlínica.

“En esa época, tenía un sobrino que estaba con bajo peso”, recuerda Raquel. “Entonces conseguimos que lo viera la doctora Elena Curbelo. Él se recuperó y ella nos comentó que quería trabajar acá porque veía los problemas que había. Mi madre la ofreció que atendiera en su casa, que queda en el barrio de enfrente. ¡Le ofreció la casa y también su hija!”

Desde entonces, Raquel trabajó junto con la doctora Curbelo, como su asistente.

“Atendíamos en el comedor de la casa de mi madre.

Después veníamos acá, a Las Láminas, y atendíamos en un ranchito en el que entraba el viento por todos lados. Era un problema desnudar a los gurises para controlarlos con el frío que entraba”.

\*\*\*

A comienzos de 2004 hubo un cruce de declaraciones entre el senador Jorge Larrañaga y el entonces ministro de Salud Pública, Conrado Bonilla.

Bonilla sostenía que la crisis económica no se había visto reflejada en una suba de la mortalidad infantil. Larrañaga decía que eso no era cierto, que había habido un aumento importante y que en Artigas los índices eran dramáticos.

Como tantas veces en Uruguay, uno decía una cosa y otro la contraria. Las declaraciones contrapuestas se multiplicaban en la prensa. ¿Quién tenía razón? Vaya uno a saber. Es una tara que nos persigue hasta hoy: no podemos ponernos de acuerdo ni siquiera en los hechos.

En aquel momento, yo era editor del suplemento *Qué Pasa* del diario *El País*. Dirigía una redacción muy pequeña, pero aguerrida y orgullosa de lo que hacía. Le pedí a uno de los periodistas, Joel Rosenberg, que averiguara quién tenía razón: Larrañaga o Bonilla. Dos cosas opuestas no podían ser verdad al mismo tiempo.

Rosenberg era el periodista ideal para esa nota: muy riguroso y obsesivo con los datos, y con una gran sensibilidad social al mismo tiempo.

Al cabo de unos días, trajo la respuesta: como decía Larrañaga, la mortalidad infantil había aumentado y mucho. También era verdad lo denunciado sobre Artigas, aunque se había quedado corto: había niños que morían de hambre siendo piel y huesos, igual que en las fotos de las hambrunas de

África. El lugar más afectado era un barrio llamado Las Láminas, en Bella Unión.

*El País* aceptó enviar a Rosenberg y el fotógrafo Nicolás Scafiezzo hacia el extremo norte, donde se quedaron unos días. El diario afrontó esos gastos. La nota publicada en mayo de 2004 tuvo un impacto demoledor.

Contaba, por ejemplo, la historia de Talía Soledad Souza, que había fallecido a los seis meses de edad. Vivía junto a su familia en un galpón abandonado de AFE. Su madre hervía zapallo para sus hijos más grandes y a Talía le daba el agua de zapallo. No comía otra cosa.

Contaba también la historia de los cinco hijos de Zully Farías, que habían estado tres días sin comer nada, sólo tomando agua. Una de las niñas, Silvia, que tenía 12 años, se había desmayado de hambre en la calle y la policía la había encontrada tirada.

La crónica presentaba Las Láminas a un Uruguay que lo desconocía: un barrio de ranchos sin agua potable ni electricidad, superpoblados, con pozos negros desbordados, calles de barro donde se mezclaban la basura y las aguas cloacales, niños sin zapatos, con hambre y con parásitos intestinales, "unos gusanos de casi 15 centímetros", que a veces los eliminaban por la materia fecal y otras emergían por la boca o la nariz.

\*\*\*

Se puede decir que el cambio comenzó de la mano del choripán.

En aquel momento, El Abrojo —buscando impulsar más programas al mismo tiempo— había creado la fundación Puente al Sur, de la cual también participaban la Universidad de la Paz, de las Naciones Unidas, y el Instituto de Estudios

Legales y Sociales del Uruguay (Ielsur).

“El Abrojo era el ideólogo y el motor”, recuerda Pepe Querejeta, su impulsor. “Nuestra idea era la de ser un puente con los uruguayos que se iban y querían colaborar con Uruguay. Nosotros vinculábamos a uruguayos o a organizaciones de uruguayos en el exterior con proyectos sociales acá”.

Luego que el artículo de prensa mostrara la situación de Las Láminas, muchos quisieron colaborar.

Puente al Sur había comenzado a trabajar en Bella Unión y había tantas cosas para hacer. En Las Piedras, el barrio vecino a Las Láminas, al otro lado de la ruta 3, había un centro CAIF que alimentaba a muchos niños de la zona. Su alma mater, Wanderley Pradela, había detectado que, con la crisis, las verduras y frutas que antes le llegaban ya no lo hacían. Por eso, había comenzado a cultivar su propia huerta a pesar de no tener un pozo adecuado para el riego.

Querejeta recuerda a Pradela —hoy fallecido— siempre con un teléfono inalámbrico en su mano, muy activo, permanentemente buscando recursos para el barrio y su centro CAIF. De él, y un plan de cultivos domiciliarios que había impulsado una ONG local, tomaron la idea de multiplicar las huertas en Las Láminas, para paliar la falta de comida.

Los uruguayos radicados en la localidad catalana de Castelldefels habían manifestado su deseo de ayudar. “Ellos tienen un día, una fecha al año, en que todas las colectividades exponen su gastronomía en un parque. Los uruguayos siempre hacen choripanes. Ese año vendieron mil euros de choripanes. Nos mandaron ese dinero y con eso largamos el proyecto de las huertas.”

Al mismo tiempo, se contactó a un grupo de uruguayos en Suiza que enviaron el dinero necesario para dotar de un pozo de riego a la huerta de Pradela.

Se llegaron a hacer 52 huertas, aprovechando también

14.829 dólares que donó la embajada de Francia. Hubo que traer muchos camiones de tierra, porque el suelo de Las Láminas, con el basalto casi a ras de la superficie, también es pobre.

Se montaron programas de educación nutricional, coordinados por Elisa Bandeira. Se hicieron manuales y libros con recetas simples, baratas y nutritivas, porque en algunas familias, la miseria prolongada, habían hecho perder esos conocimientos y habilidades.

Desde el uso de las herramientas agrícolas al valor de los alimentos, todo tuvo que ser enseñado. “La horticultura es una tradición, no te lo dan en ninguna escuela ni facultad, y cuando un eslabón se corta, se terminó”, dice Julio Tarino, un docente y activista social de Bella Unión, que se sumó al proyecto. “Se puede vivir bien de la producción familiar, pero se había olvidado.”

\*\*\*

Vanessa Soria, la que se preocupa por Griezmann, es la compañera de trabajo de Raquel Suárez en la policlínica de Las Láminas.

—¿Está la mamá de Griezmann? —pregunta en una casa en el extremo del barrio.

La mamá de Griezmann se presenta, mientras su hijo, un niño de dos años llamado así en honor al crack francés, juega con otros pequeños.

Vanessa le pregunta a la joven mamá por qué decidió no llevar más al niño a la policlínica.

Ella responde que el médico le faltó el respeto al decirle que Griezmann está desnutrido y que, en ese estado, podría incluso morir en cualquier momento.

“¡Él come todos los días!”, protesta la madre y le dice a Vanessa que hará que otro pediatra controle al niño, en el

hospital del centro de Bella Unión.

Hay más de dos kilómetros de distancia entre Las Láminas y el hospital.

Vanessa le dice que está bien, que lo importante es que Griezmann siga viendo a un médico, que no deje de controlarlo. Le dice que, aunque no recurra a la policlínica, ella la seguirá visitando y recordándole las citas con el nuevo doctor.

La mamá de Griezmann está de acuerdo.

\*\*\*

En aquellos días de 2004, junto con las huertas y los planes nutricionales, en Puente al Sur surgió la idea de hacer una policlínica en Las Láminas.

“La doctora Curbelo y Raquel Suárez atendían en el living de la casa de Raquel. Nosotros hicimos un plano de una policlínica muy precaria, y empezamos a juntar dinero para hacerla. Terminamos presentando el proyecto al Fons Catalá de Cooperació, el fondo de colaboración catalán. Fuimos a Barcelona, tuvimos una reunión con el director de sanidad de Cataluña, y con 25.860 dólares que nos dio el fondo hicimos la policlínica”, recuerda Querejeta.

Se dice fácil pero no lo fue. El terreno donde estaba asentado todo el barrio, incluyendo el predio donde se iba a instalar la policlínica, era de la Fuerza Aérea. Hubo que realizar gestiones para que fuera donado. “Aceptar la instalación de una policlínica era darle carácter permanente al barrio”, recuerda Bandeira. El predio de la proyectada policlínica tenía también sus ranchos instalados y sus “propietarios” exigían que se les pagara. Y hubo que hacerlo.

Se consiguió que arquitectos trabajaran en forma voluntaria, pero también se involucró a los habitantes del barrio en la obra, para que la sintieran como propia.

“Ellos traían arena del río, pero algunos cobraban más metros de lo que realmente sacaban”, recuerda Tarino.

Lo mismo había pasado con la tierra que se había comprado para las huertas. Elisa Bandeira revive su enojo de entonces ante tales situaciones.

Se trabajó y también se habló mucho. “Les explicábamos —dice Tarino— lo ventajoso que iba a ser tener que tener al médico allí y no tener que venir caminando hasta el centro, con niños chicos, bebés enfermos, hasta el hospital.”

Los implementos médicos hubo que conseguirlos uno a uno. La balanza de bebé se compró con restos del dinero donado por la embajada de Francia. El sillón de dentista para el consultorio odontológico fue donado por una integrante de la familia Silva y Rosas, lo que le dio a todo el proceso una coronación simbólica muy potente.

“En la historia tupamara, los ‘peludos’, los trabajadores de la caña de azúcar, pedían la expropiación de la estancia de los Silva y Rosas”, dice Querejeta. “Esa donación fue algo muy bueno, porque la construcción del Uruguay tiene que ser entre todos. ¡No puede ser de otra manera!”

Dos días antes de la inauguración, con un equipo de la televisión montevideana instalado en Bella Unión para filmar el acontecimiento, la policlínica fue robada.

“Pusieron un carro con caballos en el fondo y arrancaron la reja”, recuerda Raquel Suárez.

De todos modos, contra viento y marea, la policlínica fue inaugurada. Las jóvenes madres que hoy aguardan su turno en la cómoda sala de espera no tienen idea lo que costó aquello.

Después todo el barrio cambió. Los ranchos se hicieron casas y llegó el saneamiento.

\*\*\*

En todo el proceso de Puente al Sur fue muy relevante la ayuda de Jorge Drexler. Querejeta recuerda que un día llegó a El Abrojo, se presentó y dijo que quería dar una mano.

“Se involucró de lleno. Armó la cortina musical para la web, participó en el diseño de la web, participó en el nombre. Durante los dos años que trabajamos, en todos sus recitales hablaba de nuestra página web y las visitas se disparaban.”

Hubo otros colaboradores importantes. Un empresario uruguayo radicado en Maimi, Marcelo Castro, comenzó aportando giros de 20 dólares hechos a través de una tarjeta de crédito, y terminó enviando un contenedor entero de ayuda que se donó al hospital Maciel. Fue nombrado cónsul de Puente al Sur en Miami.

\*\*\*

Raquel Suárez y Vanessa Soria están felices y orgullosas de su trabajo en la policlínica, a pesar de que nada sigue siendo fácil allí.

Cada tanto, la policlínica es objeto de robos y actos de vandalismo, en general atribuidos a adictos a la pasta base desesperados por conseguir algo que vender.

Las consultas odontológicas están suspendidas porque el sillón de dentista se rompió y aun no fue reparado.

Ya no hay ranchos en Las Láminas, pero enfrente, al borde de la ruta 3, pegado al barrio Las Piedras ha surgido un nuevo asentamiento, tan precario, tan pobre y tan triste como un día fue Las Láminas. Un largo cinturón de miseria que hoy golpea.

No es el único signo de pobreza visible en Bella Unión. Un centenar de personas llega todos los días para comer gratis en un comedor municipal.

Los niños con bajo peso no han desaparecido, a pesar del apoyo de muchos planes sociales.

Una explicación es que las niñas desnutridas de la crisis hoy son madres y pagan el costo de aquella infancia traumática. “Les cuesta buscar una salida a muchas cosas”, dice Raquel Suárez.

Otra razón para la persistencia de la desnutrición es la falta de hábitos alimenticios sanos. Se trabaja mucho en eso en la policlínica. Se organizan charlas y en las paredes hay carteleras con consejos alimenticios y recetas accesibles y nutritivas.

“Antes faltaba dinero y trabajo. Hoy si faltan, al menos la gente tiene una tarjeta social en la cual respaldarse. Pero todavía falta más educación”, dice Suárez.

En la policlínica funciona un consultorio de riesgo nutricional, donde se evalúan la talla y el peso de los niños.

Vanessa Soria hace el trabajo de campo: visita las casas, ve a las madres, ve si están cumpliendo con las indicaciones del médico, si los niños están yendo al CAIF. Por eso visitó a la madre de Griezmann y a tantas y tantas otras.

“Hay de todo, como en todos lados. Hay gente que es responsable, otros no. Hay niños desnutridos. No es porque les falte comida, sino porque no tienen hábitos. La mayoría no desayuna. Se levantan y van a la escuela, porque no tienen hábito de desayunar. Hay madres que en vez de comprar fideos, compran galletitas. Que en vez de hacer un guiso compran pan y fiambre. El otro día nos encontramos con una vecina en la panadería y llevaba cinco paquetes de un kilo, en vez de uno de cinco kilos, que sale más barato. En esas cosas trabajamos mucho.”

\* \* \*

Antes de irme de Bella Unión voy una vez más a la policlínica.

Leo con detenimiento las carteleras. Están los títulos y las fotos de aquella edición de *Qué Pasa* y no puedo evitar emocionarme. Hay también una breve historia de la policlínica, que destaca los tres años en que funcionó en el hogar de la familia Suárez y el generoso aporte de “compañeros uruguayos residentes en España” que permitió construir el edificio propio.

Luego voy a la casa de la madre de Griezmann. Se llama Lorena González, tiene 24 años. También es madre de dos niñas. Su marido tiene 25 y corta caña. A él se le ocurrió llamar al niño como el futbolista francés.

Le pregunto a Lorena por qué se enojó tanto con el médico. “¡Me faltó el respeto!”, dice. “¡Mi hijo no está desnutrido!”

Lorena afirma que de ahora en más caminará hasta el centro de Bella Unión para controlar a su hijo. Le digo que es lejos. Me dice que no importa, no descuidará al niño pero no volverá con el médico de la policlínica.

Me invita a pasar a su casa. Es mediodía y está hirviendo agua para cocinar. El ambiente es muy pequeño, pero prolijo, limpio y ordenado. Lorena se dirige hacia la heladera y la abre para que yo vea. Hay muchas frutas y verduras y bolsas de carne congelada.

Me quedo pensando en este pequeño Griezmann cien por ciento uruguayo, con su vida suspendida en medio de esa polémica entre su madre y su médico.

Me preocupo hasta que me invade una certeza: pase lo que pase la enfermera Vanessa Soria, u otra auxiliar de la policlínica, estará allí para recordarle a Lorena las fechas, los exámenes, los controles.

Es una suerte que otros niños como Griezmann no tuvieron antes.